

EL OCASO DE LA SOCIALDEMOCRACIA EUROPEA

Autor: Alejandro Vara de Gabriel. Sociólogo.

RESUMEN:

Tras casi medio siglo de intentar encontrarse a sí mismos, entre las dos aguas del comunismo por un lado y de los capitalismos liberal y fascista por otro, la socialdemocracia se hace un sitio en Europa, había acabado la Segunda Guerra Mundial, comenzaba la Guerra Fría y la moderación se cotizaba al alza.

Estamos en el año 2012, han pasado cuarenta años desde que las crisis del petróleo comenzaran a dar alas al neoliberalismo de cara a acabar con el Estado Socialdemócrata y treinta desde que, sus últimos bastiones, comenzaran una rendición incondicional. El PASOK, uno de los partidos históricos de la Internacional Socialista, queda reducido a tercera fuerza política en Grecia, en una situación tan incómoda que no puede ejercer ni siquiera de partido bisagra; su distancia ideológica con la nueva izquierda mayoritaria, en comparación con la que le separa de la derecha, es tan grande que le permite pactar con más facilidad con sus enemigos políticos tradicionales, la fuerza conservadora Nueva Democracia, que con los que, según la lógica política, deberían ser sus vecinos ideológicos.

¿Es este un caso aislado motivado por una crisis coyuntural de un determinado país o es el principio del fin de la socialdemocracia europea? En este último caso ¿Qué ha ocurrido durante estas cuatro décadas para llegar a semejante situación? Trataré de contestar a ésta y otras preguntas en el transcurso de este trabajo.

PALABRAS CLAVE:

Socialdemocracia, Partidos socialdemócratas, Europa

ABSTRACT:

After almost half a century of trying to find themselves, between the opposing forces of communism on one side and liberal and fascist capitalism on the other, social democracy finds its place in Europe, with the Second World War over, the Cold War beginning and moderation gaining ground.

We are in the year 2012, forty years have passed since the oil crisis gave rise to neoliberalism with a view to bringing an end to the Social Democratic State, and thirty years since its final throes instigated an unconditional surrender. PASOK, one of the historical parties in International Socialism, is reduced to the third political force in Greece, in a situation so uncomfortable that it cannot even act as a hinge party; its ideological distance from the new majority left, in comparison with the gap separating it from the right, is so vast that it is easier for them to come to an agreement with their traditional political enemies, the conservative force New Democracy, who, according to political logic, should be their ideological neighbours.

Is this an isolated case caused by a temporary crisis in a specific country or is this the beginning of the end of European social democracy? In the latter case, what has happened during these four decades to reach this situation? I will attempt to answer this and other questions throughout the course of this study.

KEYWORDS:

Social democracy, Social democratic parties, Europe

INTRODUCCIÓN.

Mi intención a la hora de realizar este trabajo es la de analizar el pasado, presente y futuro de la socialdemocracia europea. Las razones por las cuales considero éste un tema crucial de estudio, sobre todo en el momento actual, son cuatro:

- El sistema democrático diseñado con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial para Europa Occidental se basaba en la alternancia entre opciones domesticadas. De entre éstas, la opción

referente de la izquierda solía llevar el nombre de partido socialdemócrata, socialista, laborista o de los trabajadores. En la actualidad, esos partidos siguen existiendo, pero el mundo ha cambiado mucho desde entonces, por lo que habría que preguntarse si se les puede considerar verdaderos herederos de aquéllos.

- Llevamos cuarenta años de crisis estructural del sistema tan solo disimulada por unas cuantas bonanzas económicas coyunturales acompañadas, más de propaganda en forma de variables macroeconómicas disparadas (las cuales reflejaban poco más que los beneficios económicos de unos pocos) que de auténticos efectos socialmente beneficiosos. El debate sobre la relación entre los partidos socialdemócratas y esta situación gira en torno a sí considerarlos víctimas, verdugos, ambas cosas o ninguna.
- Independientemente de la crisis estructural, padecemos, desde 2007 una crisis coyuntural que los gobernantes europeos no saben muy bien como resolver. El papel, en este caso, tanto de la ideología como de los partidos socialdemócratas, es algo digno de estudio debido a la, cada vez mayor, cantidad de voces que consideran a la primera como salvadora potencial y a los segundos como inútiles, cuando no directamente corresponsables de la situación.
- Al calor de este debate comienzan a aparecer voces que hablan de la desaparición de la socialdemocracia, algunos conjugando el verbo en pasado y otros en futuro ¿tienen alguna base de certeza esas voces?

1 ¿Qué es la socialdemocracia?

1.1 Definición del concepto.

Lo primero que hay que hacer a la hora de tratar un tema es definir el objeto de estudio que se pretende tratar. En este caso, lo primero que habría que preguntarse es ¿qué entendemos por socialdemocracia? El diccionario de la Real Academia Española la define, en su vigésimo segunda edición, como:

1. f. Disidencia del marxismo, consistente sobre todo en rechazar la orientación revolucionaria de la lucha de clases, y en propugnar una vía democrática hacia el socialismo.

2. f. Cada uno de los sistemas derivados del socialismo que, al renunciar a la propiedad pública de los medios de producción, aunque no a su regulación y control, tienden a confundirse con el estado de bienestar capitalista.¹

Podemos aceptar la primera definición como punto de partida, aunque precisa de algunos matices: la socialdemocracia y el marxismo han tenido una larga historia de amor odio existiendo, ciertamente, una socialdemocracia disidente del marxismo, pero también han existido y existen, dentro de quienes se definen como socialdemócratas, ramas que se reivindican como auténticas intérpretes de los textos de Marx, quienes dicen haber abandonado totalmente esta genealogía ideológica e, incluso, quienes reclaman otros orígenes ideológicos más heterodoxos.

Otros aspectos discutibles de la definición serían si, verdaderamente, la socialdemocracia ha pretendido siempre llegar hacia el socialismo. Si bien tampoco es un dato erróneo del todo debido a que, al igual que la referencia a la lucha de clases, al

¹ <<http://buscon.rae.es>> (2012)

menos en sus inicios fue así. En el caso opuesto estaría la característica definitoria de renuncia a la vía revolucionaria, puede que haya sido cierta durante la mayor parte del tiempo, pero no siempre.

Por tanto, tendríamos que, en el fondo, lo único verdaderamente preciso de la definición de la RAE sería la prevalencia del uso de la vía democrática, lo que quiera que sea eso. Pero, debido a la imprecisión del resto de características, tampoco se sabe muy bien a dónde iría a parar esa vía. La segunda definición es aún más confusa y parece hacer referencia al caso concreto de los países ex socialistas, pero se puede extraer un concepto útil muy relacionado con su praxis: el del estado del bienestar capitalista.

Por tanto, para empezar, podemos entender que el concepto de socialdemocracia es de difícil y controvertida definición. Como dato que apoya esta tesis, decir que hasta la propia Real Academia Española tiene enmendado este artículo, anticipando que, en su vigésimo tercera edición, la definición que figurará será la siguiente:

1. f. *Movimiento político que propugna un socialismo democrático y reformista.*²

Si bien esta definición también sería discutible, parece un poco más clara y concisa, al menos se la cataloga como movimiento político, y añade otra de las piedras angulares de las definiciones más tradicionales: la de reformista. Aunque estaríamos aquí también ante otra cuestión discutible debido a que, esta característica, fue añadida al corpus ideológico socialdemócrata bastante tardíamente.

El principal problema de cara a definir el concepto de socialdemocracia es que, desde la creación del término, momento que reconozco no he logrado localizar pero

² <<http://buscon.rae.es>> (2012)

cuya popularización se puede datar en la segunda mitad del siglo XIX, éste parece haber cambiado bastante de campo semántico. A esto habría que añadirle que, a diferencia de otras palabras destinadas a nombrar ideologías, las cuales se han cargado de connotaciones negativas con la praxis política, el calificativo de socialdemócrata parece haber sobrevivido bastante impolutamente. Esto se traduce en que el adjetivo “socialdemócrata” es una etiqueta política que no suele molestar demasiado (si exceptuamos ciertas corrientes de la izquierda radical donde esta palabra se usa despectivamente para calificar a quien es excesivamente reformista), llevando aparejado que políticos e intelectuales que se dejan calificar o, directamente, se autocalifican de socialdemócratas o incluso de socialistas, abarquen un espectro político tan amplio que hace que dicha etiqueta parezca más un piropo bienosnante que un concepto político definitorio de algo. Llegando a un extremo casi esperpéntico, el Partido Social Demócrata, pese a su nombre, es la fuerza conservadora de referencia en Portugal.

Por estas razones antes citadas, no se podría hablar con propiedad de “qué es la socialdemocracia” sino, más bien, de “a qué se llama socialdemocracia”. Tomando entonces la variedad de personas y entes que, en estos últimos dos siglos, han sido calificados o se han definidos como socialdemócratas, he decidido tomar dos acepciones posibles del concepto para utilizarlas en este trabajo. Estas acepciones serían la de “partido socialdemócrata” y la de “ideología socialdemócrata” respectivamente.

La razón de que sean dos acepciones y no una, ha sido una decisión que he tomado después de rastrear históricamente el concepto y descubrir que éste forma una especie de “y” minúscula donde, el trazo largo, correspondería a la historia de los partidos socialdemócratas, los cuales han pasado por varias etapas ideológicas sin cambiar de nombre, mientras que el trazo corto correspondería a la ideología

socialdemócrata, la cual caracterizó a dichos partidos tras (y solo tras) la Segunda Guerra Mundial y que, con posterioridad a la contraofensiva neoliberal y neoconservadora de los años setenta, siguió existiendo pero traspasándose paulatinamente desde dichos partidos hacia otros, así como a determinados sectores de la sociedad civil.

1.2 El partido socialdemócrata.

Utilizaré el término partido socialdemócrata para referirme a todos aquellos partidos europeos miembros en la actualidad de la llamada Internacional Socialista, los cuales suelen recibir el nombre de partido socialista, socialdemócrata, laborista o de los trabajadores, excluyendo a aquellos que comparten nombre con éstos pero no reúnan la característica principal. De entre éstos tomaré, como representativo de cada país, a aquel que sea o haya sido partido de gobierno o, para aquellas historias políticas *sui generis* como la irlandesa, el tradicionalmente más votado de este grupo.

La cuadruple nomenclatura da una pista de la variabilidad de orígenes ideológicos de este tipo de partidos aunque la confluencia en la actualidad sea casi perfecta. Pese a ello, todos pasaron, en algún u otro momento de su historia, por poca o mucha influencia del marxismo y, para aquellos que ya existían y pudieron tocar poder, por la adopción del programa que posteriormente calificaré de ideología socialdemócrata durante los llamados “treinta gloriosos”, periodo histórico del que hablaré también posteriormente.

1.3 La ideología socialdemócrata.

Por ideología socialdemócrata entendemos a aquélla que fue dominante en la parte de Europa donde se mantuvo la economía capitalista y, dentro de ésta, a aquella

que podía elegir a sus líderes mediante sufragio universal, aunque éste fuera sólo masculino, desde finales de la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los años setenta.

Su corpus ideológico consiste, en el aspecto económico, en la aceptación del sistema económico capitalista, pero con la consideración de que éste es intrínsecamente inestable en su funcionamiento y pésimo en la distribución de la riqueza entre los ciudadanos. Para los socialdemócratas, el Estado puede solucionar estos problemas con su intervención en la economía.

En el aspecto político, la socialdemocracia hereda de la tradición liberal la defensa a ultranza de la democracia y los derechos del hombre, si bien dotándola de una coherencia que, durante el siglo y medio anterior, le había faltado a la praxis liberal cuando había tocado poder. Ésta había estado realizando ejercicios de malabarismo ideológico, arguyendo peregrinas razones, para poder aunar su defensa de la libertad del hombre con la del esclavismo (Estados Unidos), su defensa de la soberanía de los pueblos con la del colonialismo (Inglaterra, Francia, Holanda, etc.), su defensa de la democracia con las restricciones al sufragio de las capas populares y de las mujeres, su defensa de la libertad de asociación con la prohibición del sindicalismo, etc.³ Si bien, por parte socialdemócrata, esa coherencia también dejó que desear en algunos momentos, sobre todo en el aspecto de la resistencia europea a la descolonización de los continentes africano y asiático que casi fue forzada por Estados Unidos, obviamente, con el único fin de poder expandir sus mercados.

Esta doble caracterización formaba el engranaje que hizo funcionar la maquinaria de la ideología y praxis socialdemócrata, pero fue un engranaje que chirrió bastante debido al mal encaje que tienen entre sí, por un lado, la distribución del

³ Para un análisis exhaustivo de las contradicciones del liberalismo político durante el siglo XIX recomiendo PEÑAS, 2003.

poder dentro del espacio económico empresarial y, por otro, ésta misma dentro del espacio político democrático. Esta situación de doble poder no había tenido parangón histórico (al menos de manera estable) y, a juzgar por su corta vida, no parece haber resultado un experimento exitoso.

2 Historia de la Socialdemocracia.

2.1 La Larga historia de los partidos socialdemócratas.

Los antecedentes de los partidos socialdemócratas hay que buscarlos en el sindicalismo. A lo largo de todo el siglo XIX se van creando organizaciones de defensa de los intereses de los trabajadores, pero éstas, con honrosas excepciones, tenían bajo o nulo perfil político, es decir, defendían a los trabajadores en sus reivindicaciones coyunturales, pero en su mayor parte no disponían de un horizonte social que alcanzar.

En 1869 se funda el Partido Socialdemócrata Alemán como órgano de la Primera Internacional en ese país, podemos poner este momento como el punto de partida de la historia de los partidos socialdemócratas, si bien sus postulados ideológicos diferían en gran medida de lo que se llamaría socialdemocracia casi un siglo más tarde.

El Sufragio Universal se instauró en Alemania en 1871, pero en 1879 se ilegaliza el SPD. Pese a ello, su fuerza se continuó incrementando en la clandestinidad, consiguiendo sus militantes actas de diputado como independientes. En 1890 se vuelve a legalizar, continuando su crecimiento hasta convertirse en primera fuerza política en 1912.

En 1889 se crea la Segunda Internacional que, a diferencia de la primera, concede más peso a los partidos políticos que a los sindicatos. Ésta buscaba aislar al

anarquismo, así como fomentar la participación política de las organizaciones obreras. Pero la controversia entre Marx y Bakunin, la cual había terminado reventando la Primera Internacional, fue sustituida en este caso por la disputa entre revolucionarios y reformistas. Estos últimos estaban influenciados por las ideas provenientes de la Sociedad Fabiana, la cual había sido fundada en 1884 en Inglaterra y que, con influencia religiosa, realizó la primera crítica integral a la obra de Marx, dejando una huella notable en autores como Bernstein.

Las esperanzas que hacía albergar el reformismo se basaban en que, si se llegaba a extender el sufragio universal, se podría conquistar el poder por la vía democrática. No obstante, los primeros reformistas seguían creyendo en el colapso, antes o después, del sistema capitalista, por lo que su distancia ideológica con los revolucionarios seguía siendo lo suficientemente corta como para permitirles una convivencia más o menos pacífica en el interior, tanto de la Internacional, como de los partidos socialistas europeos. Teniendo la estrategia de conquista del poder por medio del sufragio incluso la bendición del propio Engels, no así la posibilidad de reformar el capitalismo que aún tardó en ser digerida bastante tiempo por la mayor parte del movimiento obrero.

Esta luna de miel terminó en el mismo momento, y casi por los mismos motivos, que la Segunda Internacional. La perspectiva de la Primera Guerra Mundial, que se veía venir desde años antes, llevó a esta organización, en un primer momento, a tratar de parar a toda costa la contienda, llegándose a planificar una huelga general internacional que nunca se celebró. Aún así, pesó más la inhibición, tanto del SPD alemán como del PSU-SFIO francés, que temían que un exceso de celo internacionalista les llevase a generar antipatías entre la clase trabajadora. Ésta estaba imbuida de un cada vez más exacerbado nacionalismo, a medida que se

acercaba el inicio de la guerra y, sobre todo, se temía una ilegalización de sus formaciones políticas que sospechaban desastrosa, toda vez que, durante las décadas anteriores, se habían transformado en partidos sistémicos, los cuales acumulaban cargos representativos y daban empleo a miles de trabajadores a través de sus publicaciones.

En 1916, dos años después del inicio de la Primera Guerra Mundial, queda disuelta la Segunda Internacional, un año más tarde, en 1917, comienza la Revolución Rusa. Este hecho daría alas renovadas al sector revolucionario del movimiento obrero cuando, pocos años antes, parecía estar en seria retirada ante la perspectiva reformista.

La situación posterior a la Primera Guerra Mundial fue penosa para los partidos socialdemócratas, la ruptura con la rama revolucionaria, toda vez que ésta creó su propia internacional en 1919 y sus propios partidos llamados comunistas, les llevó a apoyar el conservadurismo institucional en acciones como el asesinato de la líder espartaquista Rosa Luxemburgo. Esto les impidió formar mayorías de gobierno con estos partidos, con las excepciones de Francia y España a finales de los treinta, cosa que facilitó el ascenso del fascismo al poder. Por otro lado, seguía sin existir un auténtico programa de gobierno, por lo que, pese a que comenzaron a verse los primeros partidos socialdemócratas en el poder, su política no se diferenciaba excesivamente de la conservadora. Esta situación se tornó desesperante para sus votantes, sobre todo a partir de que se contagiase a Europa la crisis del 29. Como honrosa excepción a este hecho, tendríamos que nombrar al SAP sueco, cuya gestión de la crisis tras la victoria electoral de 1932, les llevó a gobernar ininterrumpidamente el país durante los siguientes cuarenta años.

Tras la Segunda Guerra Mundial, comienzan los llamados “gloriosos treinta años”. Si bien, como citaré en el siguiente apartado, la ideología socialdemócrata se convierte en hegemónica en el sector occidental del continente, en muchas ocasiones, ésta no viene de la mano de partidos socialdemócratas. Casos paradigmáticos son el italiano y el alemán, donde son formaciones de corte democristiano las encargadas de comenzar a aplicar dicho programa. No así el caso británico, donde sorprendió la derrota del conservador Winston Churchill en 1945 frente a los laboristas justo después de finalizar la guerra.

No obstante, es necesario citar que el auténtico objeto de una formación política no tiene que ser necesariamente ocupar “físicamente” el poder (al menos no debería serlo) sino, en todo caso, que se aplique el programa que ésta propone. A este respecto, señalar que la influencia de los partidos socialdemócratas durante este periodo, en los momentos en que no gobiernan, es casi tan fuerte, en muchos casos, como cuando lo hacen.

Es en esta época también cuando comienzan a limarse, dentro de los partidos, los últimos restos de marxismo. El primero en hacerlo había sido el SAP sueco quien, en 1932, ya había declarado que no podía apoyar a la clase trabajadora a expensas de las demás. Años más tarde, en el congreso de 1959, el SPD alemán cambiaba su definición de “partido del proletariado” por el de “partido de todo el pueblo”.

A finales de los años sesenta, los partidos socialdemócratas vivieron su pequeña época gloriosa dentro de las tres décadas gloriosas de su ideología. Harold Wilson en el Reino Unido, Willy Brandt en Alemania y Olof Palme en Suecia, trataron de darle una nueva cara a los partidos socialdemócratas europeos. Se buscó cierta independencia diplomática de Estados Unidos, una mayor colaboración con el bloque del Este, expansión del proceso europeo de integración económica, liberalización de las leyes y

las costumbres (sobre todo en el Reino Unido, donde seguían vigentes la pena de muerte o la censura previa en la prensa), etc.

Pero la alegría iba a durar poco, el mayo del 68 francés, que se llevó a cabo contra un gobierno conservador por una juventud que no había vivido la guerra y no creía tener nada que agradecerle al Estado Socialdemócrata, iba a salpicar a todo el mundo, haciendo pasar a éstos partidos (y también a los comunistas), en un visto y no visto, de vanguardias contraculturales a símbolos cualesquiera de un sistema caduco. La juventud se echó en brazos de ideologías que se encontraban, no solo a la izquierda de la socialdemocracia, sino incluso a la izquierda de los tradicionales partidos comunistas prosoviéticos.⁴

2.2 La corta historia de la ideología socialdemócrata.

Tal y como cité antes, la historia de la socialdemocracia es mucho más corta que la de los partidos que hicieron de ella su bandera. No obstante, para encontrar sus raíces, es necesario remontarse a épocas previas, incluso, a la formación de dichos partidos.

No se pueden separar, en ningún caso, los genes de la formación del marxismo, el anarquismo, la socialdemocracia, el fabianismo y los otros socialismos (algunos mal llamados utópicos, otros no) de las penurias sufridas por los obreros, desde finales del siglo XVIII y a lo largo de todo el siglo XIX, con motivo de la llamada Revolución Industrial. Este hecho llevó aparejada la creación de un movimiento obrero que se extendió a lo largo de un amplio abanico ideológico, el cual iba, desde un radical revolucionarismo transformador, a un moderado reformismo pactista.

⁴ Para una perspectiva crítica de “mayo del 68” desde el punto de vista socialdemócrata, recomiendo PARAMIO 2009 y JUDT, 2010.

La historia de las utopías transformadoras de la sociedad había sido larga, pero el siglo XIX fue pródigo en ellas hasta extremos nunca vistos, esto fue debido a que, en contra de lo que los idealizadores de la industrialización proclaman, nunca las clases populares habían vivido unas condiciones de vida tan penosas de manera estructural. Las hambrunas, pestes o crisis económicas del pasado habían sido coyunturales. Los levantamientos de campesinos, esclavos o territorios considerados sometidos en contra del “mal gobierno” no solían necesitar de una ideología transformadora (si exceptuamos algunos casos de teologías alternativas a las religiones oficiales), ya que el enemigo a batir solía reducirse a una ley considerada injusta o a los desmanes de un señor, condiciones que bastaba con revocar o sustituir (o linchar) para recuperar la paz social. Pero la industrialización había generado un escenario social hasta ese momento desconocido y que resultó extraordinariamente penoso.

Las luchas que se iniciaron a lo largo del siglo XIX, fueron cincelando lo que sería con posterioridad la ideología socialdemócrata. Los logros parciales que fue obteniendo la clase trabajadora, independientemente de la ideología que inicialmente animase cada reivindicación, fueron haciendo crecer la conciencia, en algunos sectores, de que el sistema podía cambiar o reformarse.

La idea de los seguros sociales obligatorios provino de la Alemania de Bismarck, quien tomó esta medida con el fin de detener el avance de las ideas socialistas por Alemania. También expandió a la totalidad del territorio la tradición prusiana de la educación universal de calidad, así como los planes de vivienda.

La centralidad de la política impositiva progresiva proviene del fabianismo británico, cuyos miembros comenzaron a obtener concesiones a este respecto en el último cuarto del siglo XIX.

Tal y como cité antes, los socialismos son ideologías fundamentalmente forjadas al calor de las revueltas obreras, por lo que sus postulados no siempre sintonizaron bien con las demandas de la otra gran clase desfavorecida: el campesinado. La excepción a este respecto se produjo en los países nórdicos a finales del siglo XIX, donde la alianza de obreros y campesinos supuso una acumulación de fuerzas suficiente para poder ejercer la presión necesaria que dio a luz los primeros sistemas públicos de pensiones.

La controversia entre revolución y reforma se solía saldar ganada a favor de la primera en aquellos lugares y momentos en que el sistema se cerraba y perseguía las luchas obreras, así como durante las crisis y las posguerras, y a favor de la segunda cuando éste cedía a las revindicaciones parciales, fueran éstas salariales, de organización, de libertad de prensa, de sufragio, de condiciones laborales, etc., así como durante las épocas de bonanza y de paz.

Es por eso que no es de extrañar que la revolución ganara la partida a la reforma ante la cerrazón de la Rusia zarista y postzarista, económicamente destrozada por la Primera Guerra Mundial, dando lugar a que el primer gran experimento revolucionario tuviese lugar antes que el primer gran experimento reformista.

No obstante, en una fecha tan tardía como 1917, aún no existía un auténtico programa socialdemócrata. El periodo de entreguerras dejó constancia de ello. El terror ante la posible expansión de la revolución rusa por el continente comenzó a eliminar los recelos entre las clases acomodadas de ver a la rama pactista del obrerismo en puestos de gobierno. Pero la decepción llegó pronto: el socialismo llevaba medio siglo preparándose para gestionar las ruinas del sistema capitalista tras su autodestrucción, no para lo opuesto, es decir, para salvarlo del colapso. Como ejemplo, el del economista marxista alemán Rudolf Hilferding que, tras ser nombrado ministro

de finanzas, aplicó un programa de control presupuestario en la más pura línea de la ortodoxia económica, y en la más pura línea de lo que se intenta actualmente, con similares nefastos resultados.

Pese a todo, fue en esa época cuando comenzó a teorizarse sobre los beneficios de la intervención del Estado en la economía capitalista, de la que sus máximos exponentes fueron John Maynard Keynes y el menos conocido Michal Kalecki. Pero sus recomendaciones, dentro de Europa, sólo fueron escuchadas por el SAP sueco, con buenos resultados al lograr evitar el desempleo con grandes obras públicas, pero sin que sentara cátedra hasta después de que Europa se desangrara en la Segunda Guerra Mundial. El papel interventor del Estado se redujo a regular el sector privado según las teorías de Hendrik de Man, quien tuvo algo más de influencia en el continente que Keynes o Kalecki.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, y a diferencia de lo que había sucedido al terminar la primera, no hubo la más mínima intención de recuperar la situación precedente. Los elementos constitutivos de lo que sería el Estado Socialdemócrata del Bienestar emulsionaron en el llamado “consenso de posguerra”. Éste es el punto de partida de la praxis de la ideología que sería bandera de la socialdemocracia durante los treinta años siguientes; los llamados “treinta gloriosos”.

Los factores que permitieron este hecho fueron: prestigio del Estado como movilizador de recursos durante la guerra, desprestigio de lo privado como gen de la inestabilidad, necesidad de cobertura a los excombatientes, viudas y huérfanos de ambas guerras a los que un Estado por el que habían dado la vida no tenía voluntad moral para negarles servicios y, por último, un continente destrozado al que la iniciativa privada no podía ni imaginarse recomponer. Pero existe una razón, no voy a entrar a valorar si más o menos importante que las anteriores, que incidió mucho en la

aplicación de las recetas socialdemócratas a la economía y a la política: la competencia con el bloque soviético y la presencia de partidos comunistas en la oposición de los parlamentos occidentales.

Este aspecto resulta bastante controvertido, pese a su evidencia, siendo ignorado deliberadamente por algunos de los defensores a ultranza de las diferencias entre socialdemocracia y comunismo o contestado con argumentos bastante peregrinos por otros. De entre este último grupo me gustaría citar la opinión de Ludolfo Paramio⁵, quien descarta este hecho basándose en el argumento de que los partidos comunistas “sólo” (SIC) eran fuertes en Francia e Italia. Si tenemos en cuenta la población total europea en 1950, descontamos aquellos países que ya estaban en el bloque soviético, así como a aquellos cuyos ciudadanos no podían elegir a sus representantes por la presencia de dictaduras de índole fascistoide y que, curiosamente, todos tenían también partidos comunistas fuertes como oposición en la clandestinidad (España, Portugal y Grecia), tenemos que Francia e Italia suponían una parte bastante importante del total de la población europea con derecho a voto, por lo que ese “sólo” podría sonar incluso irónico.

Con los tradicionales brazos políticos de las élites económicas del continente ideológicamente deslegitimados, muchos de los cuales contaban con numerosos cadáveres en los armarios debido al apoyo o a la tolerancia con el fascismo, no les quedó más remedio que transigir con lo malo para evitar lo peor. Europa Occidental era la frontera más visible que el sistema capitalista tenía con el socialista y la Guerra Fría la iba a convertir en un precioso escaparate desde el que se negase la mayor ¿quién decía que el capitalismo trataba mal a los trabajadores? Si bien eso conllevó

⁵ PARAMIO, 2009 quien al menos se toma la molestia de criticar esta postura que está más extendida de lo que se intenta hacer ver. Para teóricos que ignoran totalmente este factor incluso para criticarlo MERKEL, 1995 y JUDT, 2010. Para una buena aportación de la postura opuesta SEVILLA, 2011.

que se trasladase lo peor del sistema a la trastienda; finalizaba el colonialismo para iniciar una etapa, si cabe, aún más cruel: la del neocolonialismo.

Este modelo de estado pivotaba en torno a tres ejes fundamentales: la negociación salarial y de condiciones laborales entre trabajadores y empresarios con la mediación política mínima posible, las políticas redistributivas basadas en la imposición progresiva por un lado y la prestación de servicios sociales compensatorios por otro (salud, educación, vivienda, pensiones, erradicación de la pobreza, compensación de las desigualdades, etc.) y la intervención sin complejos en el campo económico. Este último aspecto, de crucial importancia, consistió, por un lado, en la nacionalización de sectores considerados estratégicos y la creación de empresas públicas por parte de los diferentes gobiernos y, por otro, en la creación de un complejo sistema de premios y castigos a la empresa privada que permitiese, en cada momento, orientar la actividad de ésta en función de lo que el poder político considerase beneficioso para la economía.

Durante las tres décadas en que primó el modelo de Estado Socialdemócrata europeo, se produjo un crecimiento económico sostenido y sin parangón pero, sobre todo y a diferencia de lo que se califica como crecimiento económico en la actualidad, éste sí fue real, en la medida en que sí se tradujo en una mejora de las condiciones de vida de la práctica totalidad de población de manera estructural (por ejemplo, existió un auténtico pleno empleo) y no en un simple malabarismo contable que en muchos casos sólo refleja incrementos de tamaño de las diferentes burbujas especulativas.

El debate sobre si se puede o no calificar a la ideología socialdemócrata de socialista está, tristemente, sito en los territorios de las connotaciones y las identidades. Defienden que sí fue socialismo, por un lado, aquellos socialdemócratas continentales para los que esta palabra sí tiene connotaciones positivas y, por otro,

aquellos neoliberales y neoconservadores, algo fanatizados, defensores a ultranza del estado mínimo, para los cuales cualquier injerencia estatal en la economía (sobre todo las que no se traducen en subvenciones sin contrapartidas para empresas) es una práctica socialista inaceptable, se produzca dicha intervención según los modelos soviético, socialdemócrata, japonés o incluso fascista. Mientras que el rechazo de esta etiqueta proviene, fundamentalmente, por un lado de la socialdemocracia anglosajona, para la que la etiqueta de socialista pesa de forma mucho más negativa y, por otro, para aquellos elementos posicionados a la izquierda de la socialdemocracia, para los cuales, la etiqueta socialista sí tiene connotaciones positivas y, por tanto, es considerado una afrenta aplicarla a este caso.

Tratando de sacar el análisis de este lamentable debate sin salida para intentar devolverlo al reino de la objetividad, me posiciono en la perspectiva del rechazo de la calificación de socialismo al modelo socialdemócrata de posguerra. La razón es que, más que cumplir total o parcialmente los presupuestos de la utopía socialista, se dedicó a cumplir los presupuestos de la utopía capitalista, incluyendo buena parte de la utopía liberal que los propios liberales nunca habían sabido aplicar eficazmente cuando gobernaban.

La economía ortodoxa tiende a ignorar, un tanto tendenciosamente, la dimensión vertical de la economía, es decir, la asimetría de poder existente entre los distintos agentes económicos en el mercado. Es por eso que, el llamado mercado libre, tiende a autodigerir el propio presupuesto en que basa sus teóricos enormes beneficios: en el de la libre competencia. Por mucho que se intente defender esta tesis, la realidad es que no puede existir libre competencia cuando existen diferencias de poder entre los agentes económicos, sean éstos productores, consumidores, trabajadores, etc. El control de la economía realizado por el estado socialdemócrata provocó,

paradójicamente, que el idolatrado mercado diese unos resultados más parecidos a los que la teoría liberal prometía, que los que daba cuando las teorías liberales se aplicaban directamente; los agentes económicos competían en unas condiciones más igualitarias, se rozaba al pleno empleo, la satisfacción de los consumidores no paraba de crecer, se ajustaban oferta y demanda de casi todo, incluso se comenzaron a vislumbrar trazas de meritocracia al comenzar a licenciarse en las universidades hijos de obreros y campesinos. Por otro lado, prácticamente no se tocaron las grandes fortunas, Europa se aferró a su tradición colonialista y, cuando no la pudo mantener, trató de sustituirla por fórmulas neocoloniales, incluida la financiación de dictaduras o grupos armados que poco o nada tenían de socialdemócratas, y se permitió poner a Europa bajo el paraguas militar de EEUU.

2.3 Neoliberalismo: la destrucción del Estado Socialdemócrata.

Pese a las, más que simplificaciones ramplonizaciones, que se han hecho de cara a ofrecer las razones del fin de esta etapa, éste fue un asunto bastante complejo, plagado de elementos cuyo peso relativo es de muy difícil cálculo.

Un dato que se suele ofrecer como piedra que, echada a rodar, terminó provocando la bola de nieve que acabó sepultando al Estado Socialdemócrata, es el de que, en 1971, el acoso hacia Estados Unidos por los países europeos con motivo de la Guerra del Vietnam, provocó en la administración Nixon una supuesta sensación de traición que evaluaron les liberaba de los compromisos paternalistas de posguerra con Europa Occidental. El problema es que los partidarios de esta teoría rara vez la relacionan, pese a que la citen, con las evidencias de que dicha administración fue la primera que constató el estancamiento de la URSS y su consiguiente incapacidad para mostrarse como modelo alternativo al capitalista, al menos en el Primer Mundo, a la

sazón, los países donde la contestación a la Guerra del Vietnam era mayor. Esta reflexión me lleva a plantearme si, esa supuesta desazón, hubiera tenido los mismos efectos si el riesgo de extensión del comunismo soviético hubiera seguido siendo tan grande como durante las tres décadas anteriores.

Sea cual fuere la causa y las razones de esta ruptura, el asunto es que la primera de sus consecuencias fue el abandono de la política monetaria de Breton Woods por parte de Estados Unidos, es decir, el cambio fijo del dólar con otras divisas y la garantía de éste mediante las reservas de oro. La razón económica de esta ruptura se atribuye a la percepción internacional que existía del dólar como moneda débil debido, precisamente, a la propia guerra. Esto llevó a países como Gran Bretaña a amenazar con cambiar sus reservas de divisas por oro, en un momento en que la Reserva Federal tan solo disponía de suficiente cantidad de este metal como para respaldar una pequeña parte de toda la inmensa cantidad de papel moneda impreso.

Pero el elemento determinante que destrozó el modelo económico de posguerra, aceptado como tal por prácticamente todas las teorías, fueron las crisis del petróleo. El apoyo europeo y norteamericano a Israel durante la Guerra del Yom Kipur llevó, como represalia y en un primer momento, a los gobiernos de los países árabes productores de petróleo a cerrar el grifo de la exportación de este elemento a Europa Occidental y Estados Unidos y, posteriormente, tras finalizar el embargo, a subir los precios hasta cuadruplicarlos. Paradójicamente, esta circunstancia hizo sufrir más a las economías europeas, latinoamericanas y japonesa que a la propia norteamericana, que disponía de sus propias reservas petrolíferas que movilizó rápidamente para capear la crisis. Esta circunstancia ha creado una línea de investigación fácilmente calificable de conspiracionista que haría referencia a la “mano” de Henry Kissinger tras dichas subidas de precios, tesis apoyada por nada menos que el jeque Yamani, ministro saudí

del petróleo en aquella época, pero que, desde mi punto de vista, no habría que darle excesiva importancia, incluso en el improbable caso de que fuera cierta.

Durante los años setenta, se alternan gobiernos socialdemócratas y conservadores en la mayor parte del continente a bastante velocidad, llegando a producirse alternancia incluso en Suecia tras cuarenta años de gobierno del SAP. Ningún gobierno parecía dar con la receta para solucionar la crisis. El precio del petróleo incrementó los costes de producción, las empresas trasladaron ese sobrecoste al precio de venta disparando la inflación que, debido a las cláusulas de revisión salarial automáticas, creaba una espiral inflacionista. Al mismo tiempo, este incremento de costes hacía perder competitividad a las producciones europeas en favor de las de países terceros con peores condiciones laborales y salariales, lo que se traducía en caídas de la producción y despidos. El incremento del precio unitario de la producción tenía el perverso efecto de que, a más grandes fueran las ventas de una empresa, mayores eran sus pérdidas, lo que hacía del todo inútiles las políticas estatales de incremento de la demanda.

De pronto, el “circuito económico keynesiano” había dejado de ser virtuoso. Al igual que sucediera durante la crisis del 29 con el viejo modelo liberal, los resultados de las políticas económicas comienzan a ser incoherentes según el paradigma dominante. De todos los signos de catástrofe económica de los que da cuenta la nueva situación, el más representativo fue la llamada “estánflación”, es decir, la situación en la cual se produce un estancamiento de la economía, con el consiguiente aumento del desempleo y, simultáneamente, un incremento de la inflación. Este era un escenario totalmente imposible desde el punto de vista keynesiano, pero la realidad es que se produjo, para general desconcierto del gremio de economistas orgánicos de la época, momento en que una turba de neoliberales al grito de “¡el problema es el estado!”

comenzaron a asaltar departamentos universitarios, publicaciones especializadas, medios de comunicación, partidos políticos y, al finalizar la década de los setenta, también gobiernos⁶.

La primera revuelta neoliberal en el interior de un partido político se produce en el Partido Conservador británico. Margaret Thatcher consigue arrinconar al viejo sector pactista de su partido y, en una línea dura, antisocial y totalmente contraria al diálogo con sindicatos y con otros partidos, consigue ganar las elecciones de 1979. Pese a resultar un caso muy extremo, escenificado por un personaje igualmente extremo, el “thatcherismo” daría lugar a un nuevo modelo de hacer política que se extendería por toda Europa, tanto por partidos conservadores como por partidos socialdemócratas.

Su programa político se basó en privatizaciones, liberalizaciones de sectores económicos, destrucción del poder sindical, recortes en los servicios públicos, bajadas de impuestos a las rentas más altas y control salarial. Como era de esperar, este programa no surte efecto, el combate con los sindicatos, piedra de toque de su programa ante una clase media cada vez más asustada por el clima de confrontación social que se vivía, se empieza saldando con derrotas de la Primera Ministra. Las medidas económicas, además de impopulares, tampoco surten efecto alguno. Es en ese momento cuando se juntaron el hambre y las ganas de comer; la dictadura argentina vivía una situación muy similar a la británica, había apostado por un programa político y económico similar y le estaba resultando igualmente fracasado, la única diferencia es que no disponía de la legitimidad que le daban las urnas a Thatcher, pero encontraron algo que podía dársela. En un delirio nacionalista, Galtieri invade las

⁶ Nótese que sigo refiriéndome al caso europeo como corresponde al objeto de estudio de este trabajo, en otros continentes, el asalto al poder se produjo, en al menos un caso, con anterioridad y de forma menos metafórica. Me estoy refiriendo, como es natural, al Chile de Pinochet, lugar donde se puso a prueba en primer lugar el experimento neoliberal dirigido de cerca por Milton Friedman. Para ampliar información sobre este tema, tanto en los casos europeos como de otras partes del mundo, recomiendo KLEIN, 2007.

Islas Malvinas, colonizadas por Gran Bretaña, como modo de ganar popularidad y crear algo de cohesión social nacional. No entrará a describir la guerra por salirse del tema del trabajo, pero el resultado fue la victoria británica. Inmediatamente, la popularidad de Thatcher remonta y esto le concede una legitimidad suficiente para acallar muchas voces opuestas, tanto de dentro como de fuera de su partido y, sobre todo, para poder quebrar la resistencia sindical con la inflexión ante la huelga general indefinida de los mineros.

Esta acción dejaría herido de muerte, no solo al sindicalismo británico, sino a todo el europeo que comienza a ser consciente de sus limitaciones, así como daría herramientas a los políticos, tanto socialdemócratas como conservadores, para enfrentarse a éstos. Pero lo más importante, y trágico, es el descubrimiento de la llamada, a partir de ese momento, “guerra popular”, que sería utilizada con posterioridad como modo de distracción de la población en momentos de crisis, así como sustituto de la cohesión social basada en criterios económicos por otra fórmula basada en nacionalismo y patriotismo, recomendada incluso por el sociólogo Anthony Giddens al líder laborista Tony Blair cuando este partido recuperó el poder en 1997.

No obstante, no puede citarse el caso británico sin hacer referencia a las contradicciones de su sistema electoral, modelo anglosajón diseñado para ser representativo cuando solo existen dos partidos pero que, en un país pluripartidista como es el Reino Unido, permite situaciones como que, en una legislatura, un partido obtenga el 35% de votos y mayoría absoluta y, en otra, otro partido, con el mismo porcentaje, se quede en mayoría simple. Esto se traduce en que la representación es muy poco sensible a los cambios en las tendencias de voto, permitiendo a los políticos y a su respectiva intelectualidad adicta, hacer las interpretaciones de los resultados que más les convengan y esto incluye parte de la supuesta popularidad del “thatcherismo”.

En los últimos treinta años, ningún partido político ha llegado al 43% de voto popular pero, con excepción de las elecciones de 2010, todos los ganadores lo han hecho con mayoría absoluta de escaños.

Las resistencias a la extensión de la ideología neoliberal por el resto del continente fueron mínimas, siendo digna de mención, como excepción que confirmó la regla, el intento de François Mitterrand, líder del Partido Socialista Francés, tras ganar las elecciones de 1981, de volver a aplicar el programa socialdemócrata. Este experimento frustrado supuso la constatación de que la economía había vuelto a la senda de globalización previa a la Primera Guerra Mundial y que, cualquier intento de crear una política económica nacional a contracorriente con la que se llevaba a cabo en el resto del mundo (al menos en el resto del continente), resultaba ya prácticamente imposible.

A partir de ese momento, comienza el auténtico divorcio entre ideología socialdemócrata y partido socialdemócrata, con el ímpetu que da la fe del converso, las áreas económicas de estos partidos se llenaron de elementos neoliberales, algunos dotados de algún tipo de elemento compasivo, los llamados socioliberales, pero la mayor parte de ellos prácticamente indistinguibles de sus homólogos de los partidos conservadores. El giro a la derecha que se produce en la totalidad de la política europea, termina provocando la curiosa situación de que, muchos miembros señalados de los partidos socialdemócratas europeos desde los años ochenta a la actualidad, queden, desde un punto de vista politológico estoico, posicionados a la derecha de muchos miembros notables de los partidos conservadores de la generación anterior. Para el caso español, propongo como ejercicio hacer análisis de discursos comparativos entre Federico Mayor Zaragoza, nacido en 1934 y supuesto derechista, alto cargo del último franquismo y ministro con la UCD durante los setenta y primeros ochenta, y

Carlos Solchaga, nacido en 1944 y supuesto izquierdista, opositor al franquismo en la clandestinidad y ministro con el PSOE durante los ochenta; resulta dramáticamente sorprendente el cambio de papeles que se produjo en tan solo unos pocos años.

La forma de venirse abajo, cual castillo de naipes, del Estado Socialdemócrata de posguerra, evidenció dos aspectos que no han sido excesivamente señalados en los trabajos que tratan sobre este tema. El primero de éstos, es que el modelo de Estado Socialdemócrata europeo sólo pudo gestarse y mantenerse por la tolerancia de Estados Unidos, derivada ésta únicamente de los miedos al avance del comunismo y así lo atestigua, no solo la facilidad con la que se vino abajo todo el modelo una vez que se retiró el apoyo desde el otro lado del Atlántico, sino también por la imposibilidad crónica que existió de establecer fórmulas similares a las europeas en otras partes del mundo, sobretodo en América Latina y el Caribe, que se verían siempre abortadas con una u otra fórmula, más abierta o más solapada, de intervención norteamericana.

La otra es que, para poder sostenerse dicho modelo de estado con una masiva prestación de servicios y un alto consumo de las clases trabajadoras sin tocar prácticamente a las grandes fortunas, así como fiscalizando a las rentas del capital mucho menos de lo que presume la leyenda, la explotación se trasladó desde los obreros industriales europeos a los trabajadores productores de materias primas de los países del llamado Tercer Mundo en forma de pago de precios irrisorios por sus productos.⁷ La prueba de esto es que, de toda la inmensa cantidad de materias primas que importaba Europa Occidental de los países del Tercer Mundo a bajo coste, la subida de precios de una sola de éstas, la del petróleo, supuso el colapso del sistema.

⁷ Quisiera recalcar lo del traslado a los trabajadores porque, las inmensas fortunas que pueden verse en dichos países conviviendo con la miseria, dan cuenta de que las rentas del capital, es decir, a las élites económicas locales, no les perjudicaba dicha situación. Es algo que me gusta señalara en la medida que suele ser habitual que, el sector más compasivo del liberalismo, considere que la apertura de fronteras a sus mercancías es lo que solucionará la pobreza del Tercer Mundo, cuando lo más probable es que, para lo único que sirva, es para engordar a las mismas fortunas y corruptelas que disfrutan de un alto tren de vida desde siempre.

Habría que dejar abierta una pregunta ¿habría sido viable el Estado Socialdemócrata si cada agricultor, minero o trabajador de cada país subdesarrollado hubiera obtenido una renta del trabajo similar a la de un homólogo suyo europeo?

3 **La actualidad.**

3.1 **El partido socialdemócrata durante la última bonanza.**

Pese a estar alineado como estoy en la tesis de que la última bonanza no fue tal, he de reconocer que la propaganda hizo que, entre amplios sectores de la población de un país como España, que prácticamente no tenía Estado Socialdemócrata que recordar, la percepción subjetiva de bienestar existiera. Pero, afortunadamente, la objetividad se inventó para que no fuera necesario quedarse solo con las percepciones subjetivas de la realidad. El único elemento positivo, para el caso español, que tuvo esa “mala bonanza” fue el ligero descenso del desempleo; éste no bajó del 8%, cifra que podría considerarse obscuramente alta de no ser porqué, las mucho peores situaciones anterior y posterior, la convierten en buena (24'55 % 1994, 25'02% 2012⁸), pero que fue a costa de una precarización brutal y de unos salarios ridículos que se vieron compensados, únicamente, por la facilidad de compra a crédito que provocó la burbuja financiera,

Esta propaganda tenía parte de su origen y de su destino en la mala conciencia de ciertos sectores de la alta militancia del partido socialdemócrata de referencia en España, el PSOE, que al mismo tiempo que vendía cosas como “bajar los impuestos es de izquierdas” (SIC) se retroalimentaba de cifras macroeconómicas favorables, toda vez que la desconexión con su militancia de base y sus viejos brazos sindicales les permitía no tener que escuchar “tristes historias” sobre accidentes laborales,

⁸ <<http://www.ine.es>> (2012)

condiciones penosas, salarios por debajo del nivel de subsistencia (situación que, repito, se compensaba con la compra a crédito) y, sobre todo, el lamento del más del millón de parados para los que no existió bonanza económica alguna.

Salvando las distancias, la situación en el resto de Europa no era muy diferente, si bien, como he citado antes, en la mayor parte de estos países sí había un Estado Socialdemócrata que recordar. Esto llevó a la apatía de unas sociedades que tenían que elegir en unas urnas entre una derecha rabiosamente antisocial y una especie de psuedoizquierda chantajista, que no era ni la sombra de lo que había sido, pero que tenía como principal baza algo así como “somos malos, pero ellos son peores”, lo que le permitía forzar a ciertos sectores de la sociedad para que se decidiesen por votarles. En este contexto, la participación en las elecciones cayó en prácticamente todos los países del continente. El divorcio con las élites políticas, los votos de castigo con la nariz tapada y una importante migración del voto tradicional de la izquierda hacia la extrema derecha, terminaron de sustituir a las viejas adscripciones ideológicas por clase social que habían sido signo político durante los anteriores cien años.

3.2 La ideología socialdemócrata antes de la crisis.

Hacía mucho tiempo que el divorcio entre partidos socialdemócratas e ideología socialdemócrata se había consumado, no obstante, siguieron existiendo sectores resistentes en la mayor parte de los partidos, curiosamente, proporcionales al tiempo que éstos llevaban sin gobernar y que se disolvían, se encogían o eran amordazados en los momentos en que éstos partidos volvían a tocar poder.

Extraparlamentariamente, los mayores hitos de la socialdemocracia durante este periodo se obtuvieron dentro del movimiento antiglobalización. Superado el modelo de izquierda identitaria “sesentayochista”, tan bien caricaturizado en el filme

“La Vida de Brian”, las diferentes izquierdas opuestas al neoliberalismo acudían juntas a las manifestaciones superando, al menos durante las horas que duraban éstas, sus seculares diferencias. En este contexto, nace ATTAC, organización de referencia durante este periodo, a la que se puede catalogar como socialdemócrata según la definición que utilizo en este trabajo, y que vino a tomar el papel de la Internacional Socialista de otros tiempos, aglutinando al activismo y a la intelectualidad reformista, aunque tratando de mantener las distancias con los partidos.

Respecto a estos últimos, la estampida que se vivió tras la caída de la URSS en el interior de los partidos comunistas, tanto en los gobernantes de los países del Este como en los opositores occidentales, les dejó, desde el punto de vista humano, bastante descapitalizados. Pero, tras el shock inicial, los supervivientes, tras reorganizarse, comenzaron una cierta migración hacia posturas más moderadas que las de origen, olvidando la mayor parte de las referencias menos vendibles de su discurso, como las relativas a la “dictadura del proletariado”, si bien nunca renegaron de la condena, más o menos declarada, a la economía capitalista.

Esta moderación tuvo como consecuencia primera la posibilidad de un mayor entendimiento de éstos con los elementos socialdemócratas supervivientes, los cuales habían quedado huérfanos de partido, y que juntos formaron, en muchos casos, coaliciones electorales con mayor o menor éxito. De entre éstas se puede considerar a la Izquierda Unida española como pionera y un poco adelantada a su época, con lo positivo y negativo que esto puede conllevar. Pero el mejor ejemplo, por lo impensable que hubiera podido resultar imaginar esta situación tan solo unos años antes, es el de la formación alemana Die Linke. Esta coalición está compuesta por el PSD, partido heredero de los comunistas de Alemania Oriental, junto al sector disidente del SPD,

con Oskar Lafontaine a la cabeza, así como por amplios sectores del sindicalismo, decepcionados con la versión alemana de la “tercera vía” llevada a cabo por el canciller Gerhard Schröder.

No puedo dejar de citar también la influencia socialdemócrata dentro de los llamados “partidos verdes”. Estos partidos nacieron con la vocación de dar un ala política al movimiento ecologista, ideología con un carácter abiertamente posmaterialista, pero cuyas experiencias tocando poder en países como Alemania, abrieron el debate sobre como complementar, con un programa social, la defensa del medio ambiente, detectándose en su discurso y acción posturas fácilmente calificables de socialdemócratas. Si bien sus críticos y decepcionados, entre los que se encuentran algunos de sus fundadores, advierten sobre el peligro que acecha a este movimiento si sigue tratando de transigir con el “imposible capitalismo verde”⁹.

3.3 Crisis y políticas socialdemócratas: la resurrección que nunca fue.

En 2007 estalló una crisis inmobiliaria y financiera sin precedentes históricos desde el “crack” del 29. Se mezclaron, en el gen de la crisis, una burbuja inmobiliaria en varios países basada en el dogma de fe de que la “vivienda nunca baja”, unos bajos tipos de interés que sirvieron para facilitar el crédito hasta unos extremos en que, cuando nadie solvente necesitó dinero para comprar nada (y no será porque a las clases medias y altas occidentales les guste comprar poco), se comenzó a ofrecer crédito a la nueva clase trabajadora con contratos precarios, bautizados ya entonces como “precariado”, muy necesitados de comprar a crédito debido a lo escueto de sus salarios.

A esto había que sumarle una desregulación financiera obtenida a pulso durante los años ochenta y noventa por los “lobbies” bancarios, que permitía mezclar

⁹ Para unas pinceladas sobre la posición de Los Verdes alemanes y su cada vez más declarada derechización, recomiendo <<http://www.cuartopoder.es/tribuna/los-verdes-alemanes-nueva-derecha-liberal/1617>>

ahorro con inversión sin control alguno, así como crear derivados financieros que aseguraban los créditos de forma también desregulada, lo que permitía no tener que preocuparse por los riesgos, creando un auténtico mercado de apuestas en torno a la morosidad del crédito.

El caso español fue paradigmático a este respecto, a la liberalización del suelo, del sector hipotecario y de la construcción, se le unió un elemento que no se suele tener excesivamente en cuenta al analizar este caso: la retirada del estado de uno de los tradicionales pilares tradicionales del Estado del Bienestar, de la vivienda de protección oficial. Si a esto le unimos el dogma de los beneficios de la moderación salarial (de la que quedaban excluidos los ejecutivos) que se arrastraba desde hacía décadas, así como a la inexistencia de un mercado de alquiler de viviendas suficientemente protegido o “competitivo”¹⁰ para proveer de viviendas asequibles a los trabajadores, tenemos nuestra particular tormenta perfecta. La única manera que tenían las clases trabajadora y media baja de acceder a la vivienda era comprando a crédito pisos a precios que, una generación antes, correspondían a viviendas de semilujo pero en el mismo tipo de asentamiento en el que habían vivido toda la vida, acaso peor en muchos casos. Si tenemos en cuenta que la vivienda es un bien básico del que no se puede prescindir, el negocio (para unos pocos) era perfecto.

La crisis estalló cuando se dejó caer al banco Lehman Brothers en un ataque de coherencia liberal de la administración Bush, esto provocó que la doble moral financiera, por la cual el Estado no debía intervenir en la economía excepto cuando era en beneficio de la banca, ya no sirviera. Los bancos dejaron de fiarse unos de otros,

¹⁰ Sabemos a ciencia cierta que un mercado inmobiliario protegido por el estado puede reducir el precio de la vivienda porque ya lo hizo en el pasado. Pero cierta teoría económica dice que una alta oferta de viviendas en alquiler que creara un mercado competitivo, tiraría también de los precios hacia abajo. Entrecamilo la palabra “competitivo” porque, permítaseme que, cuanto menos, lo ponga en duda, ya que este era, exactamente, el mismo argumento que justificaba la liberalización del mercado inmobiliario y, no solo no consiguió reducir los precios de compra de la vivienda, sino que los hizo crecer exponencialmente. En cualquier caso, el dato es que, durante la burbuja inmobiliaria, no existían ninguna de las dos cosas en el mercado de los alquileres.

fundamentalmente, porque ya no veían el brazo protector del estado (es decir, los impuestos de todos los ciudadanos) garantizando sus préstamos, lo que restringió el mercado del crédito, afectando a la economía real y amenazando con el colapso del sistema.

Esta fue una buena oportunidad para poner a prueba la coherencia ideológica del sistema; el liberalismo económico pudo haber demostrado su dogma de que el mercado se autorregula y las malas prácticas se castigan con la bancarrota, pero no fue así, las interpretaciones de esta escuela económica tiraron de análisis peregrinos por los que el Estado tenía la culpa, simultáneamente, por intervenir y por no intervenir. Al mismo tiempo recomendaban salvar a los bancos calificados de “sistémicos”, por ser “demasiado grandes para caer”, pero ignoraban cualquier tipo de política destinada a trocear entidades para que no fueran tan grandes, es más, se favoreció un proceso de aún mayor concentración. Los bancos fueron nacionalizados “a la neoliberal” (valga la incongruencia), es decir, los ciudadanos ponían ingentes cantidades de dinero para salvar a los bancos, pero no se podía usar la palabra tabú de “nacionalización”. Al mismo tiempo, el Estado, pese a ser el nuevo propietario de las entidades, no intervenía en las decisiones de las empresas. En una situación que no podía haber sido imaginada ni en los mejores tiempos del teatro del astracán, el Estado no intervenía en los bancos porque se sobrentendía que los estados son malos gestores y, en su lugar, se permitió a los mismos administradores que los habían quebrado seguir al frente de dichas entidades. Éstos no tardaron mucho en autoasignarse sustanciosos “bonos de productividad” (SIC) pagados con el dinero público de las capitalizaciones. Como último detalle, citar que el objeto de inflar de dinero público a los bancos era que éste nutriese a la economía real, pero la “gestión profesional” de las entidades decidió invertir sobre seguro, es decir, se destinó el

dinero a especular con la deuda pública de los estados, los cuales prestaban a los bancos a interés prácticamente cero y, con el mismo dinero, éstos al estado a interés obsceno. Así fue como, una crisis provocada por los bancos por falta de estado, terminó volviendo a ser culpa del exceso del mismo, teniendo como salida, naturalmente, el recorte de éste aún más.

Pero en medio de este proceso, durante unos instantes, pareció que la lógica de la corrección de los excesos del capitalismo por la intervención en la economía del poder político volvía a ser una realidad. Por todo el continente se escuchaban “mea culpa” por parte de políticos que parecía que hubieran, de pronto, abandonado el neoliberalismo, algunos de ellos destacados conservadores como el presidente francés Nicolás Sarkozy. Se hablaba de regular la banca, de hacer inversión pública para reactivar la demanda, del refundar el capitalismo, de que los ciudadanos no tienen por qué pagar la crisis, etc. Pero nada de esto se hizo realidad, rápidamente, los mismos que habían destrozado las cuentas de sus empresas y, “por accidente”, de todo occidente, volvieron a estar revestidos de autoridad para recomendar a los políticos qué era lo que tenían que hacer con las cuentas de los estados que, irónicamente, gozaban de mucha mejor salud que las de dichas empresas. Naturalmente, la generación de políticos gobernantes, la cual había sido criada con los valores opuestos a la de posguerra, es decir, estaba socializada en el “elogio de empresa, desprecio de estado”, hizo caso y se plegó, rápidamente, a las exigencias de los, llamados eufemísticamente, “mercados”.

Evidentemente, la ciudadanía no se tomó muy bien esta bajada de pantalones, el paro aumentaba y el Estado del Bienestar, que llevaba ya tres décadas retrocediendo, se resintió por los bruscos recortes. La principal consecuencia electoral fue que, uno tras otro, fueron cayendo todos los gobiernos que firmaron recortes y

rescates bancarios, tanto socialdemócratas como conservadores, con la única excepción del gobierno polaco, país con una tradición política muy *sui generis* y que en este caso tampoco decepcionó.

3.4 Resultados electorales: catástrofes, decepciones y esperanzas¹¹.

La tónica política general en Europa es que los políticos no se están tomando la crisis como les gustaría a los ciudadanos que lo hicieran, y esto, salvo la citada excepción de Polonia, afecta por igual a los países más y menos afectados por la crisis, en prácticamente todos se ha producido alternancia, fuera quien fuera el gobernante anterior.

Es por eso que aquellos que quieren ver en la victoria socialdemócrata de, por ejemplo, Dinamarca, un renacer de estos partidos, pueden llevarse una severa decepción. La mayor parte de los lugares donde han recuperado terreno, tiene algún tipo de explicación “aguafiestas”. En el caso danés, se sumó el desgaste de la coalición derechista con el ascenso de los partidos ecologistas y de izquierda radical, los cuales permitieron compensar la pérdida de votos también de los socialdemócratas que, aún así, pudieron formar gobierno.

En el caso francés, los quince años de gobiernos conservadores sin alternancia, dieron la oportunidad a un miembro del PSF de proclamarse presidente, pero no olvidemos que Francia es un país presidencialista donde, la elección del Jefe del Estado, se decide a doble vuelta y, en la primera, Hollande tan solo obtuvo el 28'6% de los votos, resultado similar al 29'3% del voto que obtuvo su partido en la primera vuelta de las elecciones legislativas. Es por eso que el caso francés resulta siempre tan poco representativo de cualquier cosa, esto es debido a que posee un sistema electoral

¹¹ Para un acceso rápido y fácil a las series históricas recientes de resultados electorales en Europa recomiendo <http://electionresources.org/western.europe_es.html> y <<http://electionresources.org/eastern.europe.html>>

específicamente diseñado para forzar una apariencia bipartidista en un país que hace demasiado tiempo que no lo es.

Otro caso sería el de Islandia, donde el partido socialdemócrata se salvó de la quema, pese a estar en la coalición gubernamental a la que se acusa de provocar la crisis, ganando las últimas elecciones. Se podría entender como un ataque de posibilismo por parte de la población que, de cara a castigar al partido del juzgado Primer Ministro Geir Haarde, apostó por la única formación con opciones de gobierno, toda vez que el resto de partidos contaban con apoyos tradicionales muy bajos, aún así, el voto a éstos se multiplicó, permitiéndoles formar coalición a los socialdemócratas.

Para hablar de la situación política en el avispero belga habría que dedicar un capítulo aparte, no obstante, el hecho de que hasta socialdemócratas y verdes acudan a las elecciones en partidos separados, según sean éstos flamencos o valones, dice bastante sobre lo poco que pesan las ideologías en la lógica de ese país. No obstante, fue el Partido Socialista valón el que, tras más de un año de negociaciones consiguió formar gobierno, pese a que su porcentaje de voto popular no llegó al 14%, situación tan poco tan extraña en dicho país.

Otra “alegría” para la socialdemocracia europea fue la que se vivió en Eslovaquia, donde su formación de referencia ganó por segunda vez consecutiva las elecciones, si bien la vez anterior se había formado un gobierno de coalición entre las fuerzas conservadoras que les impidió formar gobierno, en esta ocasión, éstas habían sufrido una debacle como consecuencia de la gestión de la crisis, permitiendo a los socialdemócratas ganar con mayoría absoluta.

En la situación contraria, estarían países como España, Portugal, Hungría y Reino Unido, donde la crisis ha tumbado gobiernos de partidos socialdemócratas¹² para

¹² Entiéndase la palabra socialdemócrata en la acepción dada en este trabajo, ya especificué más arriba que, en Portugal, el Partido Social Demócrata es de adscripción conservadora, resultando ganador de las últimas elecciones tras derrotar al Partido Socialista, éste sí de adscripción socialdemócrata.

devolver el poder a opciones conservadoras, apoyando la cada vez más ley de hierro de que esta crisis quema a todos los gobiernos sean del signo político que sean.

Otra prueba de que la ciudadanía europea está dedicándose más a castigar que a elegir, ha sido la puesta patas arriba del panorama político irlandés. En este país, los dos principales partidos tradicionales no fueron nunca uno de izquierda y otro de derecha, sino uno conservador y otro democristiano, y así lo habían sido desde la independencia hasta esta crisis. Inmediatamente antes de ésta, gobernaba una coalición compuesta por los conservadores del Fianna Fáil, los demócratas progresistas y los verdes. La crisis supuso, en primer lugar, la desaparición parlamentaria total de las dos fuerzas minoritarias de la coalición de gobierno. Además, significó una victoria histórica de los democristianos del Fine Gael y una derrota, igualmente histórica, del Fianna Fáil, tradicional fuerza hegemónica del país, que quedó reducida a tercera fuerza política, provocando que, por primera vez en su historia, los laboristas quedaran en segundo lugar. También supuso un aumento considerable de los partidos de izquierda radical, alguno de los cuales era extraparlamentario antes de la crisis.

Un tanto más inquietante ha resultado el caso finlandés donde, todas las fuerzas políticas tradicionales con representación parlamentaria, perdieron votos y escaños en favor de un partido de extrema derecha. Caso similar fue el de la República Checa pero con la salvedad de que, la fuerza revelación, no fue la extrema derecha sino un partido liberal europeísta que permitió formar gobierno al centro derecha pese a la debacle del resto de partidos afines.

Pero el caso que más me interesa analizar en este trabajo es el caso griego. La razón de que éste pueda parecer, más que un caso aislado, un caso sintomático de un cambio de ciclo, está en que, en el resto de países, los ciudadanos se han quedado tranquilos, de momento, castigando al partido o partidos en el poder con opciones

tradicionalmente antagónicas a éstos. En el caso griego, la rápida sucesión de los dos partidos tradicionales de gobierno, sumada a un gobierno de coalición de ambos que firmó un humillante acuerdo con la Unión Europea y el FMI, llevó a la deslegitimación de la alternancia en sí misma, decidiendo la ciudadanía que había que introducir en la pugna nuevos elementos de ruptura. Esto ha supuesto que el PASOK, tradicional partido de adscripción socialdemócrata, quede reducido a tercera fuerza política y, su espacio político, haya sido ocupado por la coalición de izquierda radical Syriza, que se quedó a unos pocos votos de ganar las últimas elecciones, y que propone un programa de ruptura con la situación actual.

En ciencias sociales, a diferencia de en las artes adivinatorias, que las predicciones se cumplan no depende del destino sino de las decisiones humanas. Si la clase política europea no reacciona contra la crisis saliéndose del guión, preveo un rosario de “grecias” electorales a lo largo del continente. Puede que Rajoy capitalizase el descontento que existía contra Zapatero pero ¿qué sucederá si Rajoy sigue intentando lo mismo que éste obteniendo los mismos nefastos resultados? ¿y Hollande? ¿y Passos Coelho? En una situación tan dramática como la que vive Europa, especialmente ciertos países, no creo que el juego del falso antagonismo entre poli bueno y poli malo siga funcionando mucho tiempo, al menos si la situación socioeconómica sigue por el camino que va.

4 Análisis y conclusiones: el futuro de la socialdemocracia.

4.1 Partido socialdemócrata sin socialdemocracia: el socioliberalismo.

Como he ido citando a lo largo de la historia correspondiente al último periodo, poco queda de ideología socialdemócrata dentro de los partidos calificados con este

adjetivo. Ni siquiera en las difíciles situaciones que estamos viviendo, las cuales deberían de estar evidenciando el fracaso absoluto del neoliberalismo, se está viendo una reacción digna de mención al respecto. Mucha de la excusa moral de la militancia de estos partidos ante las políticas antisociales de sus dirigentes cuando tocan poder, se basa en unos argumentos que, con ciertas variantes, se pueden sintetizar en unas pocas frases tipo tales como: “no se puede hacer más, somos todo lo socialdemócratas que permiten la coyuntura económica internacional”, “la auténtica izquierda somos nosotros, cualquier cosa a nuestra izquierda o es demagogia o no es realista”, “reformamos al ritmo que permite la sociedad, la clase media se asustaría si tomáramos decisiones más radicales”, etc.

Aún no podemos saber si estos argumentos están o no en lo cierto, pero si podemos saber que la ciudadanía europea, al menos el votante tradicional de este tipo de partidos, cada vez se los cree menos. Puede que el ejemplo islandés no haya calado mucho entre sus correligionarios del continente y, por unos pocos votos, no hemos podido ver si Syriza era capaz de aportar algo diferente a los, cada vez más indistinguibles, programas aplicados por la soporífera alternancia entre conservadores y socialdemócratas, pero más tarde o más temprano, sobre todo si la crisis no se soluciona, los ciudadanos se verán tentados a probar soluciones diferentes.

Huelga decir que, en este continente, aún tenemos un serio complejo de superioridad que nos impide imitar cualquier otra fórmula proveniente de otras partes del mundo. Por lo que el tirón de orejas que intentó el expresidente brasileño Lula da Silva a sus correligionarios europeos, no ha tenido el más mínimo efecto. Todo ello a pesar de que Brasil está considerada como una potencia emergente y, aunque nadie lo diga, es ya un secreto a voces que Europa es una potencia decadente. Traduciendo esto en el lenguaje del bienestar, puede que en Brasil aún no se viva mejor que en Europa,

pero sí es seguro que ahora se vive mejor que hace un año, hace un año mejor que hace dos, etc. mientras que en Europa, le duela a quien le duela, la situación es la inversa y no parece que por este camino tenga solución.

La política socioliberal aplicada por los viejos partidos socialdemócratas europeos, también llamada con el eufemismo de “Tercera Vía”, está basada en la combinación del mismo neoliberalismo salvaje que aplican los conservadores con cierta política compasiva prácticamente asistencial con los más desfavorecidos que más que socialdemócrata se debería de calificar de democristiana¹³.

Este programa es, salvo diferencias más que de matiz de grado, extraordinariamente parecido al de los partidos conservadores, por lo que no parece ser excesivamente vendible, no solo ante los ciudadanos sino, sobre todo, ante los que financian sus campañas electorales, que probablemente vean en la derecha más tradicional un original que siempre será mejor que la copia.

Respecto a la militancia, el tránsito, desde mi punto de vista un error histórico, del modelo de “partido de militantes” al de “partido de votantes”, así como el distanciamiento de sus brazos sindicales, ha tenido como consecuencia que, la correa de transmisión entre partido y sociedad, se haga ahora por vía de los medios de comunicación que, pese a los patéticos intentos de algunos de estos partidos por garantizarse grupos afines, cada vez están más concentrados en grandes estructuras empresariales multinacionales. Éstas gustan de jugar al poder político por medio de tramas clientelares que pueden apoyar o denostar a un candidato según sus intereses corporativos. Sobre esto último, señalar que se atribuye buena parte del descalabro laborista en las últimas elecciones británicas al abandono de grupo de Rupert Murdoch de las simpatías por este partido, cosa que difícilmente sucedería con una

¹³ Para un excelente análisis del fracaso de este tipo de política recomiendo <<http://www.vnavarro.org/?p=4299>>

opción conservadora que, por extravagante que esta sea, siempre tendrá uno o varios grupos mediáticos de su lado.

Es por eso que no veo un futuro muy claro a esta forma de hacer política, salvo en el improbable caso en que ésta decida “volver a sus orígenes”, por cierto, argumento recurrente cada vez que se produce una derrota electoral, pero rápidamente olvidado cuando se aproxima la siguiente victoria. Aunque, si estoy en lo cierto en mi análisis, puede que esta victoria tarde mucho para algunos de estos partidos, en estos momentos, cuesta imaginar al PASOK volviendo a ganar unas elecciones en Grecia.

4.2 Socialdemocracia sin partido socialdemócrata: la nueva izquierda.

No puedo terminar este trabajo sin hacer referencia a los que, a todas luces, parece que ocuparán, si la situación actual se prolonga, el espacio político de los partidos socialdemócratas: los partidos de la nueva izquierda.

Existe cierta práctica contemporánea que tiende a realizar una asociación, cada vez más automática, entre el programa de este tipo de formaciones y la vieja ideología socialdemócrata, pero me parece que es, cuanto menos, caer en una inexactitud.

Como ya he citado en las descripciones históricas y presentes, estos partidos, aunque mejor habría que hablar de coaliciones, ya que suele ser su forma preferida de acceso a los procesos electorales acumulando fuerzas sin pérdida de identidad de sus formaciones integrantes, suelen tener un componente socialdemócrata proveniente de los elementos ideológicos que consideraron que el modelo keynesiano no estaba tan agotado como se pretendió. Pero existen diferencias de fondo con lo que es la ideología socialdemócrata tradicional, al menos con la descripción que utilizo como referencia en este trabajo, que es necesario citar.

La principal de estas diferencias sería que, si bien la ideología socialdemócrata había transigido con los beneficios del capitalismo pretendiendo tan solo corregirlo, esta nueva izquierda es tremadamente escéptica con este sistema económico, pudiendo dar la impresión de que se transige con él a regañadientes, pero nunca llegando a aceptarlo abiertamente y, mucho menos, con el celebracionismo que caracterizó a los socialdemócratas de posguerra. En medio de una crisis como la actual, pronunciar la palabra capitalismo con connotaciones negativas, resulta bastante más vendible de lo que algunos tertulianos políticos, que parecen seguir viviendo en los años noventa del siglo veinte, pretenden hacer ver. Independientemente de que este hecho no se vaya a traducir en una estatalización total y automática de la economía en caso de lograr convertirse en partidos de gobierno.

Otra de sus diferencias es la del abandono del paternalismo hacia las clases trabajadoras, desgracia propia tanto de la socialdemocracia como de la rama leninista del marxismo. Discursos como “presupuestos participativos” o “democracia participativa” suelen estar en boca de los militantes de estas formaciones como recurrentes propuestas. La idea de una nueva socialdemocracia, donde técnicos decidan lo que conviene a la ciudadanía a espalda de ésta, se parece en exceso al neoliberalismo donde los políticos también derogan en técnicos especialistas la gestión de la economía so pena de ser acusados de populismo, por lo que es un aspecto de la vieja socialdemocracia que parece del todo intrasladable a la actualidad.

Las reacciones contra la globalización económica provocaron, ya desde los noventa, la llamada “globalización positiva”. Los participantes del movimiento antiglobalización pretendieron sustituir la mundialización económica por otra de solidaridad entre pueblos. Esto, trasladado a la política actual, ha llevado aparejado

que el eurocentrismo y la insensibilidad con los problemas de pueblos de otros continentes, en beneficio del aprovechamiento económico que caracterizaron el anterior periodo socialdemócrata, parezca haberse abandonado en mor de un internacionalismo esta vez real. Esto afecta también a los respectivos chovinismos nacionales, tanto de cara al trato con los pueblos de otros estados europeos, como de las minorías étnicas del interior de éstos.

Como último componente, habría que citar el ecológico, si bien, en casos como el alemán, el divorcio entre la nueva izquierda y el ecologismo parece irreconciliable, en cada vez más países, el entendimiento entre estas sensibilidades es cada vez mayor. La situación del debate gira, cada vez más, en torno a la constatación de las imposibilidades, tanto de una izquierda paleolítica que siga ignorando el perjuicio que suponen los problemas ambientales para las clases trabajadoras más que para nadie, como de un ecologismo excesivamente posmaterialista que crea en la ilusión de un liberalismo verde, restando importancia, o incluso ignorando, otros problemas sociales.

A parte de los componentes ideológicos antes citados, hay que nombrar también el componente identitario. El hecho de que los militantes de los viejos partidos socialdemócratas, pese a su deriva neoliberal, se obcequen en conservar este adjetivo como definición, lleva a que pocos partícipes de esta nueva izquierda, incluidos los que coinciden totalmente con los viejos planteamientos de posguerra, se sientan cómodos con esta etiqueta. Es por esto que podríamos hablar de identidad socialdemócrata sin cultura frente a cultura socialdemócrata sin identidad, como situación actual, y de socialdemocracia, tanto de identidad como de cultura, para la de posguerra.

Caería en un celebracionismo imperdonable si considerase que la sustitución de los viejos partidos socialdemócratas por esta nueva izquierda va a ser automática, fácil y que se producirá próximamente, y aún más si pensase que, aunque logren, como el

caso de Syriza en Grecia, convertirse en fuerza referente de la izquierda, esto vaya a significar que puedan ganar con facilidad unas elecciones y aplicar cómodamente su programa político. Pero todo apunta a que, más tarde o más temprano, esta va a ser la situación. La alternancia entre conservadores y socialdemócratas podría pasar a ser un recuerdo del siglo XX, similar a como la alternancia entre conservadores y liberales lo fue en el XIX, aunque esta situación puede ser que tarde incluso décadas en terminar de perfilarse.

Respecto a si estas formaciones serían capaces, en caso de poder postularse como opciones de gobierno de forma estructural, de crear un nuevo tipo de estado social, socialista o socialdemócrata, queda un “pequeño” escollo que plantearse ¿permitiría esto Estados Unidos como lo permitió en la etapa posterior a la Segunda Guerra Mundial?

Probablemente, si tuviera poder para hacerlo, no lo permitiría. Pero todo apunta a que la potencia hegemónica del siglo XXI no va a ser Estados Unidos y, en materia de política exterior, esto está comenzando a ser visible. Al Departamento de Estado norteamericano le cuesta cada vez más hacer valer esa “manu militari” del calificado como mundo unipolar. La Unión Europea se niega a aceptar sus recomendaciones económicas; China y Rusia vetan la mayoría de las resoluciones condenando a países “gamberros” (SIC) o “del eje del mal” (SIC); mantiene un exceso de frentes militares abiertos en guerras que, por un lado, nadie ve terminar y, por otro lado, no se sabe muy bien qué beneficios reporta a la economía norteamericana, si exceptuamos a la industria armamentística y a las compañías de mercenarios, toda vez que el petróleo no termina de recuperar su producción ni bajar su precio; hasta su llamado “patio trasero” lleva década y media revuelto con gobiernos hostiles ganando elecciones por todo el hemisferio americano, lo que ha provocado que hayan teniendo que volver a

recurrir a la promoción de golpes de estado (casos de Honduras y Paraguay) para tratar de recuperar cierta disciplina, aunque la falta de legitimidad de esta fórmula la haga mucho menos efectiva que en otras épocas.

El siglo XXI será, probablemente, el siglo de la hegemonía internacional de China. Frente a la tradición intervencionista norteamericana en la política interior de los países, tradición no tan rentable como pudiera parecer, toda vez que, por el interés particular de una o de unas pocas empresas, Estados Unidos lleva doscientos años declarando guerras con altos costes materiales y de vidas humanas. De éstas, muchas de las cuales se podrían etiquetar con el título de la película de Sergio Leone “Por un puñado de dólares”, debido a que es lo más que este país ha logrado sacar en claro en la mayor parte de ellas.

En cambio, la tradición china, según los expertos en relaciones internacionales, se ha asemejado siempre más a la actitud de un buitre; quedándose con aquello que, en materia internacional, las otras potencias rechazaban. Esto ha supuesto que este país haya creado una fuerza diplomática especializada en adaptarse a negociar con todo tipo de heterodoxias políticas y económicas, algunas de las cuales, como los casos de Birmania o de algunos estados africanos, se puedan calificar de verdaderamente repugnantes, aunque a este respecto países como Estados Unidos, Reino Unido y Francia tampoco pueden dar demasiadas lecciones.

Esto lleva a concluir que no parece previsible que se reproduzca una nueva situación de injerencia masiva en las formas de entender la política y la economía de los diferentes estados, esto hará que, probablemente, nos encontremos ante un siglo XXI dominado geopolíticamente por un gigante chino, el cual comerciará con todos los países pero que no parece que vaya a inmiscuirse excesivamente en los asuntos de política interna de ninguno.

Bibliografía.

- COSTA MORATA, P. “Los Verdes alemanes, nueva derecha liberal” [en línea]. Cuartopoder. 12 de agosto de 2011. <http://www.cuartopoder.es/tribuna/los-verdes-alemanes-nueva-derecha-liberal/1617> [Consulta: junio 2012].
- Diccionario de la lengua española. 22^a Ed. Real Academia Española. [publicación en línea]. Disponible desde Internet en: <http://buscon.rae.es> [Consulta: junio 2012].
- Encuesta de población activa: Resultados nacionales: Tasas de actividad, paro y empleo, por sexo y distintos grupos de edad. Instituto Nacional de Estadística. [publicación en línea]. Disponible desde Internet en: <http://www.ine.es> [Consulta: junio 2012].
- JUDT, T. (2010). *Algo va mal*. Madrid, Taurus.
- KLEIN, N. (2007). *La doctrina del Shock: el auge del capitalismo del desastre*. Barcelona, Paidós.
- MERKEL, W. (1995) *¿Final de la socialdemocracia?: Recursos de poder y política de gobierno de los partidos socialdemócratas en Europa Occidental*. Valencia, Edicions Alfons El Magnànim.
- NAVARRO, V. “El fracaso del Nuevo Laborismo y del socioliberalismo”[en línea]. Sistema digital. 21 de mayo de 2010. <http://www.vnavarro.org/?p=4299> [Consulta: 26 de junio de 2012].
- PARAMIO, L. (2009). *La socialdemocracia*. Madrid, Catarata.
- PEÑAS, F.J. (2003). *Hermanos y enemigos: liberalismo y relaciones internacionales*. Madrid, Catarata.

Recursos electorales en la Internet: Europa Occidental. [publicación en línea].

Disponible en Internet desde: http://electionresources.org/western.europe_es.html
[Consulta: junio-julio 2012].

Recursos electorales en la Internet: Europa Oriental. [publicación en línea].

Disponible en Internet desde: <http://electionresources.org/eastern.europe.html>
[Consulta: junio-julio 2012].

SEVILLA, J. V. (2011) *El declive de la socialdemocracia*. Barcelona, RBA.